

La historia entre tus dedos. Biografías y ciudadanías intergeneracionales en la villa 31.

Hebe Ailen Montenegro

RECIBIDO: 7 de agosto de 2025

APROBADO: 15 de noviembre de 2025



No te falta calle, te falta niñez
Fundación Changuito visual -
Imágenes de Siloé, Colombia

La historia entre tus dedos. Biografías y ciudadanías intergeneracionales en la villa 31.

Hebe Ailen Montenegro
Instituto de Ciencias Antropológicas, Facultad de Filosofía y
Letras, Universidad de Buenos Aires
hebe.montenegro@gmail.com

Resumen

La villa 31 es uno de los 50 barrios populares existentes en la Ciudad de Buenos Aires, una de las villas más viejas de la ciudad, que más transformaciones sufrió a lo largo de la historia. En este artículo nos proponemos explorar los modos en los que lxs adolescentes que viven en el barrio han dejado marcas en el espacio barrial. Nos interesa dar cuenta de la presencia de niñxs y adolescentes en la configuración histórica de la 31, en un intento por mostrar que la historia también es inter-etaria, que no es únicamente un producto adulto. Partimos de la perspectiva etnográfica y de un trabajo de campo prolongado con adolescentes que viven en el barrio. Concluimos, a partir de esto, que si los procesos de ocupación territorial son formas de resistencia y de producción de ciudadanía, y lxs niñxs también participan de estos, se trata de una ciudadanía inter-etaria.

Palabras clave: niñez; ciudadanías; hábitat popular; participación

Abstract

Villa 31 is one of the 50 informal settlements located in the City of Buenos Aires. Known by its residents simply as la 31, it is one of the city's oldest shantytowns and has undergone the most transformations throughout history. In this paper, we aim to explore the ways in which adolescents living in the neighborhood have left their mark on the local space. We are interested in highlighting the presence of children and adolescents in the historical configuration of Villa 31, in an effort to show that history is intergenerational, that it is not solely an adult creation. We take an ethnographic perspective and draw from a four-year-long fieldwork with a group of adolescents who live in the neighborhood. We conclude that if processes of territorial occupation are forms of resistance and the production of citizenship –and if children also participate in these processes– then what we are witnessing is an intergenerational form of citizenship.

Keywords: young people; citizenship; popular habitat; participation

Introducción

La villa 31, o barrio Padre Mugica, es uno de los 50 barrios populares que están emplazados en la Ciudad de Buenos Aires. La 31, como le llaman sus habitantes, es una de las villas más viejas de la ciudad, y que más transformaciones ha sufrido a lo largo de la historia. Erradicaciones, topadoras, urbanizaciones, tomas de terreno: la villa 31 nunca es igual a sí misma, y, sin embargo, como el barco al que se le cambian todas las partes pero perdura su esencia, sigue siendo el mismo barrio. En permanente transformación y cambio, la 31 ha sido moldeada por múltiples manos. Desde aquellos primeros migrantes que se instalaron hacia 1930 en zonas cercanas al ferrocarril y crearon los barrios de lata (Snitcofsky, 2015); quienes venían desde el norte huyendo del latifundio, buscando trabajo en la ciudad en los años 40 y 50 (Rattier, 2022[1972]); los diferentes gobiernos, algunos construyendo cloacas y otros tirando abajo casas y desalojando familias; quienes repoblaron el barrio luego de la dictadura cívico militar del 76; y quienes llegaron después del 2001. La autoconstrucción del hábitat hace que la morfología de la villa haya sido construida, manoseada, por muchos actores a lo largo del tiempo. Entre esos actores, como suele ocurrir, hay niños y adolescentes que, aunque sin mucho reconocimiento, forman parte del proceso.

El objetivo de este artículo es analizar los modos en los que niños y adolescentes construyen el espacio que habitan y participan de dicha autoproducción del hábitat, en interacción con las personas adultas involucradas. En ese sentido, afirmo que los niños y adolescentes son también productores del habitar, aunque no en igualdad de condiciones que los adultos con quienes lo hacen. Los niños y adolescentes dejan marcas en el espacio barrial, tejen memorias en él, y se proyectan en un futuro común, que se entrelaza con materialidades concretas que ellos mismos construyeron o ayudaron a construir. De este modo, interesa aportar una mirada intergeneracional a las formas de construcción de ciudadanías insurgentes (Holston, 2009) dado que si estas formas de ciudadanía se construyen desde los territorios periféricos que son habitados sin pedir permiso, desde una ocupación silenciosa del espacio (Bayat, 1997), los niños y adolescentes toman parte activa de esta producción, transformándose éstas en ciudadanías intergeneracionales.

Como mencionamos, la villa 31 se emplaza en la Ciudad de Buenos Aires, la ciudad más rica del país, y con mayor cantidad de habitantes. Al interior de sus fronteras –la Avenida General Paz, el Riachuelo, y el Río de la Plata– viven 3 millones de personas. Este número se mantiene estable desde hace veinte años. Sin embargo, la población que vive en villas creció en un 50%, dato que nos permite afirmar que se profundizó fuertemente la desigualdad urbana y habitacional en el territorio porteño, con una gestión que se caracteriza por su interés en crear valor de cambio y mercantilizar el suelo urbano, antes que espacios para vivir y habitar (Vazquez Duplat, 2019). La ciudad se transformó en ciudad autónoma con la reforma constitucional de 1994, y eligió por primera vez un jefe de gobierno en 1996. Desde 2007 gobierna el partido PRO (Propuesta Republicana), primero con dos gestiones de Mauricio Macri (2007/2015), luego con dos de Horacio Rodríguez Larreta (2015/2023) y finalmente, en la actualidad, con Jorge Macri, electo por el periodo 2023/2027. Serán, en total, 20 años de un mismo partido gobernante, para una ciudad que puede elegir jefe de gobierno desde hace 30. Y para los adolescentes con los que hice esta investigación, es toda una vida vivida bajo un mismo signo político en el gobierno.

Escondida durante todos esos años detrás de las vías de tres trenes –el San Martín, el Mitre y el Belgrano Norte– la 31 se expande desde Retiro hacia Recoleta, siguiendo los caminos de los ferrocarriles, atrapada entre rieles y containers de un lado, y el Río de La Plata del otro, y en su extremo sur, la terminal de Ómnibus de Retiro, una de las dos de colectivos de larga distancia que tiene la ciudad. La villa, cuando se la mira desde la Av. José María Ramos Mejía, parece abrazar la terminal, escurriéndose por entre sus lados, filtrándose por todos los espacios vacíos que quedaron alguna vez entre ella y las terminales de tren. Sus calles estrechas toman casi por sorpresa a quienes van a tomar algún micro de larga distancia a Retiro y tienen que pasar por enfrente de ellas para llegar a sus micros. Además de estar rodeada en sus laterales y extremos, la 31 también tiene un límite desde el cielo, marcado por la Autopista Illia que la recorre por encima y durante muchos años hizo de techo de muchas de sus viviendas, hasta que, como parte del proceso de urbanización que inició en 2016, estas fueron demolidas y sus habitantes relocalizadxs en viviendas construidas por el gobierno de la ciudad.

La 31 está repartida entre dos barrios “formales” de la Ciudad de Buenos Aires: Recoleta hacia el norte y Retiro hacia el sur. En este sentido, es uno de los pocos barrios populares¹ que se ubica en la zona norte de la ciudad, cuyo valor inmobiliario es significativamente mayor que la zona sur, donde se encuentra la mayoría de los barrios y asentamientos populares de la ciudad. Recoleta y Retiro son, además, dos barrios de un poder adquisitivo particularmente alto, Recoleta en tanto zona residencial y Retiro en tanto zona de oficinas y hoteles. Casi en diagonal a la villa, en Retiro, está el distrito Catalinas Norte, un complejo de negocios compuesto por nueve torres, algunas de oficinas de empresas multinacionales y otras de hoteles de lujo, como el Sheraton.

En 2016, en paralelo al proceso de urbanización –sobre el que nos detendremos a continuación– según investigó Ons (2021) en las zonas cercanas al barrio se anunciaron y emprendieron una serie de grandes desarrollos urbanos, algunos desde el sector público y otros con capitales privados. Estos fueron el Paseo del Bajo, la nueva traza de la Autopista Illia y la modernización de dos de las estaciones de tren. A su vez, también se anunciaron desarrollos inmobiliarios privados: el Distrito Quartier, Catalinas Norte II y el Puente BID. De estos tres, el único que se construyó fue el primero. Los otros dos quedaron en suspenso después de la pandemia.

El proceso de urbanización en la villa 31 comenzó en el año 2016, cuando llegó Mauricio Macri a la presidencia de la Argentina y Horacio Rodríguez Larreta a la jefatura de gobierno de la ciudad (en adelante, GCBA). Entonces, desde Jefatura de Gabinete se impulsó la urbanización de cuatro villas de la ciudad: la villa 20, la villa Rodrigo Bueno, el Playón

¹ Según el Registro Nacional de Barrios Populares “barrio popular” se define como “aquellos barrios comúnmente denominados villas, asentamientos y urbanizaciones informales que se constituyeron mediante distintas estrategias de ocupación del suelo, que presentan diferentes grados de precariedad y hacinamiento, un déficit en el acceso formal a los servicios básicos y una situación dominial irregular en la tenencia del suelo, con un mínimo de 8 familias agrupadas o contiguas, en donde más de la mitad de sus habitantes no cuenta con título de propiedad del suelo, ni acceso regular a al menos 2 de los servicios básicos -red de agua corriente, red de energía eléctrica con medidor domiciliario y/o red cloacal” (Decreto 358/17). Se trata, así, de una categoría construida desde el Estado en función de definir estos territorios. En este artículo utilizaremos la categoría “villa”, que es la que usan lxs niñxs y adolescentes con lxs que hemos trabajado.

de Chacarita y la villa 31. Se decidió que mientras que a las primeras tres se dedicaría el Instituto de la Vivienda, para la 31 se creó una Secretaría, que dependía directamente de jefatura de Gabinete, que llevaría adelante la planificación y gestión de las intervenciones en el marco de la urbanización: la Secretaría de Intervención Social y Urbana (SECySU) (Capalbo, 2023; Ferreiro y Olivares, 2019).

De modo que, cuando llegué a la villa para realizar mi investigación doctoral, en el año 2021, ya hacía varios años que se venían desplegando una serie de intervenciones territoriales en la 31, que modificaron fuertemente el paisaje y las dinámicas del barrio, y sobre las que lxs adolescentes tenían mucho para decir. La más importante y de mayor impacto había sido la construcción de viviendas en uno de los márgenes del barrio, en lo que era conocido como sector YPF, junto con el traslado allí del Ministerio de Educación de la Ciudad y la construcción de un edificio para éste, además de un Jardín de Infantes, una escuela primaria y una escuela para adultxs en lo que fue nominado por el GCBA como Polo Educativo María Elena Walsh. Junto con esa construcción se había realizado la demolición de una serie de casas que estaban bajo la traza de la autopista, cuyxs habitantes habían sido desalojadx –en muchos casos, de forma violenta y de la mano de las fuerzas de seguridad– y relocalizadx en esas nuevas viviendas.

Si bien las percepciones de lxs adolescentes con lxs que trabajé sobre el proceso de urbanización no son el objeto de análisis de este artículo, sí me parece relevante explicitar que fue en este contexto de profundos cambios, y no en otro, en el que desplegué mi investigación, y que la misma se vio permanentemente interpelada por dichas intervenciones territoriales. Llegar al barrio todas las semanas era encontrar siempre algo diferente, y esta vez, no sólo por el accionar de lxs vecinx –individual o familiarmente o vía cooperativas– sino también por el accionar del GCBA.

Algunas cuestiones teórico-metodológicas

En lo que respecta a la niñez, nos apoyamos en una larga línea de investigaciones etnográficas con niñxs y adolescentes que discuten con el modelo hegemónico de infancia (Szulc, 2006). Éste propone una noción universal y ahistórica de niñez, y entiende a lxs niñxs como sujetos en vías de desarrollo hacia la completitud –expresada en la adultez– sólo por haber vivido menos tiempo en el mundo, transformando una diferencia temporal en una desigualdad social y política (Shabel, 2024). Estas investigaciones critican el adultocentrismo en tanto sistema que jerarquiza las edades situando a la edad adulta como la única con capacidad de intervención y transformación del mundo (Duarte Quapper, 2012). Al contrario, proponen que lxs niñxs son activos partícipes del mundo en el que viven, y que lo moldean junto con las otras generaciones, aunque no en pie de igualdad (Szulc, 2019). Lxs niñxs y adolescentes participan de múltiples maneras, en actividades productivas y reivindicativas, algunxs en organizaciones y movimientos sociales o partidos políticos, otrxs de forma más capilar y cotidiana (Shabel et al., 2023; Szulc y Enriz, 2016). Algunxs autores han dado cuenta de la participación política en centros de estudiantes secundarios (Nuñez, 2017; Larrondo, 2018). Otrxs, focalizaron en militancias juveniles (que se yuxtaponen, en algunos casos, etariamente con los sujetos que aquí abordamos) territoriales (Vazquez y Vommaro, 2009). En otros casos, diversxs autorxs estudiaron las formas de

participación infantil y juvenil en prácticas productivas (Frasco Zuker, 2016) y en redes de cuidado comunitarias y familiares (Morano y Szulc, 2023).

La participación, en este artículo, es entendida junto con Rabello de Castro (2007) y Shabel (2024) como una forma del hacer con otrxs, “para dar cuenta de estos modos en que lxs adolescentes y jóvenes se involucran con sus contextos entre el deber, la contingencia y el deseo, siendo afectadas por su realidad circundante a la vez que afectándola de modos inesperados, a pesar del adultocentrismo imperante en nuestras sociedades occidentales” (Shabel, 2024, p. 29).

Estas formas de participación por parte de niñxs y adolescentes nos permiten pensar en lo que Magistris y Morales (2019) llaman una ciudadanía para todxs, que “incluya a la niñez y adolescencia no solo como colectivo con derechos específicos, sino también como un conjunto de subjetividades con incidencia real en procesos generales de carácter político y social” (Magistris y Morales, 2019, p. s/n). En esta línea, retomamos la propuesta de pensar en procesos de ciudadanización (Garibotti, 2024; Girola y Thomasz, 2016), en un intento por desreificar lo que usualmente y durante mucho tiempo se entendió por ciudadanía –como la membresía formal a un Estado Nación que garantiza ciertos derechos e implica ciertas obligaciones– y ciudadanxs –un sujeto político individualizado y pleno cuyo estatus es otorgado por el Estado–. Estos trabajos hacen énfasis en el carácter practicado y procesual de la ciudadanía, en tanto ella implica una relación de exclusión e inclusión, y por ende, necesita la existencia de personas que no forman parte de aquello que nombramos como ciudadanía (Lazar, 2013). Lxs niñxs y adolescentes muchas veces forman parte de esos colectivos excluidos de la ciudadanía, o les es asignada una “ciudadanía de segundo nivel” (Baratta, 1999).

Recuperamos aquí la propuesta teórica elaborada por Duhau y Giglia (2008) en torno a lo que implica habitar un espacio, que es definido por lxs autores como “el conjunto de prácticas y representaciones que permiten al sujeto colocarse dentro de un orden espacio-temporal, y al mismo tiempo establecerlo. Es el proceso mediante el cual el sujeto se sitúa en el centro de unas coordenadas espacio-temporales, mediante su percepción y su relación con el entorno que lo rodea” (Duhau y Giglia, 2008, p.24). Algo de esto recupera Segura (2015) con la categoría de experiencia urbana definida como “los modos de ver, hacer y sentir (la ciudad y la vida en la ciudad) por parte de actores situados social y espacialmente, por el modo en que en sus vidas cotidianas se vinculan lo articulado y lo vivido” (Segura, 2015, p.26).

Perez Sans y Gregorio Gil (2020), ejerciendo una crítica desde los feminismos a la propuesta de Lefebvre en torno al derecho a la ciudad (1968), han señalado que en función de apropiarse de un espacio también es necesario sentir pertenencia hacia él. Dicen estas autoras que

las emociones experimentadas en la ciudad revelan las diferencias producidas como consecuencia de desigualdades raciales, de género, sexualidad o de clase, las mismas que, a menudo, expulsan a quienes encarnan la alteridad de muchos de sus espacios [...] De este modo, cuando nos referimos a derecho a la ciudad, además de las dos dimensiones que claramente se identifican en la propuesta de Lefebvre, relativas a

usar la ciudad y participar en su reinención, nos interesa enfatizar una tercera: la posibilidad de generar sentimientos de pertenencia hacia los lugares. Uso, participación y pertenencia son, a nuestro juicio, los ejes que articulan el ejercicio del derecho a la ciudad y no podemos entenderlos al margen de las posiciones de género, sexualidad, raza o clase social que ocupan quienes habitan la urbe, pues moldean sus relaciones cotidianas con el entorno y con el resto de sus habitantes, atravesando, además, sus negociaciones por y en el espacio urbano. (Peres Sans y Gregorio Gil, 2020, p. 14)

Teresa Caldeira (2016), por su parte, propone la categoría de urbanización periférica para referirse a una forma particular de autoconstrucción de ciudad que está atravesada por diferentes procesos que implican operar con un modo específico de agencia y temporalidad, la interacción con lógicas de oficialidad, la generación de nuevas formas políticas mediante prácticas que producen ciudadanías novedosas, demandas, circuitos y contestaciones y la creación de ciudades altamente heterogéneas. En este sentido, la autora vincula la autoconstrucción imbricada en la urbanización periférica con la particular forma de agencia que esta genera, argumentando que los residentes tienen un rol crucial, dado que

los residentes son agentes de la urbanización, no simplemente consumidores de espacio desarrollado y regulado por otros. Ellos construyen sus casas y ciudades paso a paso, de acuerdo con los recursos disponibles en cada momento, en un proceso que nombro como autoconstrucción (2016, p. 5).

La villa 31, como el resto de los barrios y asentamientos populares, tiene un territorio profundamente atravesado por la autoconstrucción. Herzer, Di Virgilio, Rodríguez y Redondo (2008, p. 94) definen a las villas como “ocupaciones de tierra urbana vacante que producen tramas urbanas muy irregulares [...] Su desarrollo responde a prácticas individuales y diferidas en el tiempo, a diferencia de otras ocupaciones protagonizadas por colectivos más o menos integrados que proceden planificadamente”. Sobre su devenir, afirman que

A mediados de los años noventa, cuando la tierra urbana disponible en las villas comienza a agotarse y ya no es posible el desarrollo de nuevas invasiones, se inicia un proceso progresivo de densificación de las urbanizaciones populares. Primariamente, a través de la ocupación de sectores vacantes (hoyas, bordes de vías de ferrocarril, etc.) y, posteriormente, a través de la construcción en altura. En forma paralela, comienzan a desarrollarse nuevos mecanismos para el acceso a las viviendas en las villas: se dinamiza la compra y venta de casas –es decir, de las estructuras construidas por los pobladores– y el mercado de alquileres (Herzer, Di Virgilio, Rodríguez y Redondo, 2008, p. 94, resaltado de las autoras).

Bayat (1997) reflexiona en torno a los modos en los que diferentes grupos urbanos realizan una ocupación silenciosa del espacio y la propiedad, practicada a partir de cubrir necesidades propias –como la necesidad de vivienda, en el caso que nos compete en este artículo– y desde la cual, luego, estos grupos se politizan cuando esas condiciones en las que han logrado vivir se ven amenazadas –usualmente, por el Estado y sus regulaciones–. En este sentido, nos interesa reflexionar aquí, retomando estos conceptos, en torno a los modos en los que lxs niñxs y adolescentes participan de la autoconstrucción de sus

propios barrios, y el proceso mediante el cual, al hacer esto, se involucran en una temporalidad barrial que lxs lleva a, desde sus acciones y narraciones presentes, inscribirse en el pasado y proyectarse hacia el futuro del barrio, inscribiéndose ellxs también en esa ocupación silenciosa del espacio.

Partimos de la perspectiva etnográfica, la cual como forma de construir conocimiento científico toma como su objeto a la vida cotidiana de lxs sujetos sociales (Rockwell, 2009). Como dice Elsie Rockwell, son las sutilezas cotidianas las que suelen ser la materia prima de la antropología (Rockwell, 2009, p.145). Tomamos aquí el trabajo de Agnes Heller (1976), quien propone una perspectiva marxista de la vida cotidiana, dado que plantea que ella es el momento de la reproducción de lxs sujetos particulares, y que es, entonces, el momento que habilita la reproducción social. Partir, entonces, de la materialidad más básica, como lo es el día a día de las personas, nos permite comprender las transformaciones históricas, que están hechas de esas pequeñas cosas. En ese sentido, compartimos con Fernandez Alvarez, Gastañaga y Quirós (2017) la búsqueda por encontrar creatividad social allí donde parece no estar sucediendo nada.

¿Qué ocurre en los pasillos mojados de una villa cuando un grupo de adolescentes se encuentra? ¿Qué procesos se tejen en sus calles, entre sus casas de ladrillo a la vista? Sostenemos que la belleza etnográfica está precisamente en “descubrir la relevancia de lo aparentemente irrelevante” (Fernandez Alvarez, Gastañaga y Quirós, 2017, p. 259) y que el valor del etnógrafo está, entonces, en transformarse en “cronista de realidad no descritas” (Rockwell, 106). Multiplicar mundos, como propone Vinciane Despret citando a De Castro (2009) quien sostiene que “si algo le corresponde por derecho a la antropología, no es la tarea de explicar el mundo del otro, sino más bien la de multiplicar nuestro mundo” (2009, p. 169, en Despret, 2022).

Este artículo se sustenta en un trabajo de campo realizado durante los años 2022, 2023 y 2024 con niñxs y adolescentes que viven en la villa 31 de Retiro, en la ciudad de Buenos Aires y que llevé adelante para mi tesis de doctorado. Se trató de un grupo de entre 15 y 20 adolescentes que participaban de las actividades que llevaba adelante AulaVereda Villa 31, una organización social barrial. Mi llegada al campo fue por medio de la organización, dado que yo misma militaba allí, pero en otro barrio. A muchxs de lxs adolescentes ya lxs conocía, ya que allí desarrollé también la investigación para mi tesis de grado, durante 2019 y 2020. De modo que en verdad se trató de un campo casi continuado entre 2019 y 2024, con un paréntesis en 2021, un poco a causa de la pandemia y otro poco a causa de la escritura de la tesis de grado. A otrxs chicxs lxs conocí en el segundo campo, porque se sumaron al espacio a partir de la pandemia, cuando la organización realizó durante varios meses una olla popular para el barrio, y luego se engancharon con el resto de las actividades. Eran la misma cantidad de varones que de mujeres, algunxs en primaria, otrxs en secundaria, de entre 12 y 18 años. Todxs vivían en el barrio, en diferentes sectores: algunxs en Playón, otros en Barrio Chino, otrxs en Caacupé.

El grupo de adolescentes estaba constituido por dos subgrupos, los cuales compartían espacio y tiempo en las actividades de la organización pero que por fuera de ella y los encuentros planificados por mí, no compartían cotidianeidad. Uno era conocido como “los de la canchita”, y muchxs de ellxs eran hermanxs y primxs entre sí, pero lo que lxs

unía era que vivían alrededor de una cancha en Barrio Chino que, según ellxs, había construido su abuelo. El otro grupo se había autonombrado –en contraste con los de la cancha– “los pibxs del pasillo”, porque vivían todxs, de hecho, en un mismo pasillo, en otro sector del barrio. Allí también compartían algunas relaciones de parentesco (hermanxs y tía/sobrina) y otras de vecindad, pero también lo que lxs unía era que vivían todxs en el mismo pasillo desde siempre. El trabajo de campo se compuso por instancias de observación-participante, por el armado de talleres para lxs adolescentes en los que el objetivo fue discutir diferentes cuestiones en torno a la villa, y particularmente, en torno al proceso de urbanización, y por entrevistas informales y semi-estructuradas con lxs adolescentes que accedían a ellas. Fueron más de tres años en los que me dediqué a dejarme pasear por el barrio, a sentarme con ellxs en diferentes lugares a charlar, a ayudarlx con tramiteríos para conseguir turnos o para acceder a algún plan o programa, y a planificar actividades para discutir y reflexionar sobre ese barrio que ellxs habitan, y sobre el que muchxs quieren meter mano.

Inscribir(se) en la historia, participar del tiempo

A continuación, analizaremos, a partir de tres fragmentos de campo, los modos en los que lxs adolescentes participan de la autoconstrucción del barrio, recuperando tres acciones que lxs adolescentes realizan en el presente, pero que lxs proyectan como sujetos hacia el pasado, y también hacia el futuro. Nos interesa dar cuenta de estas tres dimensiones del tiempo (pasado, presente y futuro) porque la niñez, como la vejez, es un sujeto que ha sido muy manoseado temporalmente. Shabel (2024) expone que Occidente, en una misma operatoria, se ha posicionado a sí mismo en el tiempo presente, apropiándose de la contemporaneidad, y posicionó todo el resto del mundo en un tiempo pasado, negándole el presente y la existencia actual. En este punto, lo que se encuentra detrás de dicha negación “es el tiempo como campo de batalla, como ámbito de conflictos y luchas para la dominación de una cultura sobre otra, principalmente Occidente sobre el resto del mundo” (Monteresin, 2021, p. s/n). En este sentido, la operatoria mediante la cual se les niega contemporaneidad a los pueblos no-occidentales, también es aplicada a lxs niñxs, negándoles el tiempo presente, que queda únicamente para lxs adultxs.

Sin embargo, además de ser posicionadxs en el pasado, en tanto sujetos no contemporáneos a la adultez, la niñez también fue transportada hacia el futuro. Shabel (2024, p. 205) plantea que

Edelman explica algo de esto en su libro *No al futuro* (2014), al indicar que la figura del Niño, con mayúscula y en masculino, condensa el ideario futurista de producción y reproducción heterosexual como una promesa de mismidad aumentada, como el “télós del orden social” (p. 30) y, por lo tanto, ideal regulatorio de la adultez y vejez, que deben garantizar el camino recto hacia el futuro prefijado de quienes aún no han incorporado las reglas sociales. O sea que la infancia se ha convertido en la sociedad moderna en un holograma de lo que será, sin ninguna consistencia presente más que una carcasa vacía donde depositar la narrativa del progreso y la acumulación heterosexual.

Asimismo, Dyer (2024) ejerce una crítica a los planteos de Edelman, al señalar que ignora disparidades estructurales como raza, género o clase, y que “no todos los niños son deseados en el futuro” (Dyer, 2024, p. 21). De todos modos, ya sea como sujeto que trae una promesa futura o como alteridad temporal y premoderna la niñez siempre es posicionada temporalmente por lxs adultxs en cualquier tiempo, menos en el presente (Shabel, 2024). En ese sentido, en este artículo nos interesa, por un lado, mostrar cómo lxs niñxs y adolescentes también se posicionan ellxs mismxs en el tiempo, en la cronología y biografía del barrio –hacia el pasado y hacia el futuro– pero también queremos dar cuenta de su acción presente, su inscripción actual y contemporánea en el mundo.

1. Inscribir en el pasado

“Antes en Camino Nuevo había todo casas, y las demolieron para hacer eso. Yo me acuerdo de cuando éramos chiquitas, el Mochi ni había nacido, y mi papá me llevó en una carpa a tomar allá adelante. Estuvimos una noche en la carpa, teníamos que estar despiertos para no perder el lugar, la Ramona era re chiquita, ¿te acordás? Yo tenía como seis años nomás, vos tenías cuatro. Mi papá me llevó a mi y mi mamá se quedó en la casa de mi abuelo con la Ramona. Nos tuvimos que ir porque otra familia nos sacó a los tiros, nos tuvimos que volver corriendo con mi papá”.

Carmela, 19 años, registro de campo, 2024

En este fragmento, Carmela recuerda acompañar a su papá a una toma de terrenos que ocurrió hace muchos años en el barrio (según la temporalidad que ella expresa, alrededor del año 2011). Si bien finalmente ella y su papá no lograron garantizarse una parcela de esos terrenos para poder construir, y por ende su familia siguió viviendo en la casa de su abuelo –a donde viven hasta el día de hoy–, hubo allí una participación de esa situación de ocupación. Ella se incluye dentro de un pasado de ocupación del espacio, un pasado del cual ella forma parte activa. Diversos autores han estudiado las formas en las que lxs niñxs participan, junto con lxs adultxs, de actividades reivindicativas (Shabel, 2018; Szulc y Enriz, 2016). Estas reflexiones nos permiten pensar que, a diferencia de lo que sostiene la mirada hegemónica sobre la infancia, que lxs ve como víctimas pasivas –o del sistema, en el mejor de los casos, o de sus propias familias, en el peor–, estas formas de participación implican un modo de agencia infantil, siempre situada, y siempre enmarcada en una situación estructural de profunda desigualdad. De este modo, Carmela las inscribe a ella y a Ramona en la biografía barrial, las hace presentes en ese proceso de ocupación que atravesó la villa, y por ende, las hace emerger y dejar huella en la historia misma del barrio. Así, hay dos procesos que se superponen: por un lado, una forma de participación material y corpórea por parte de las niñas en ese proceso de ocupación, y por el otro, un reconocimiento de dicha participación propia y una activa inscripción en la historia del barrio.

2. Construir en el presente

Antropóloga: ¿Quién hizo la casa de ustedes?

Viole: Solo la parte de arriba hicimos. Nuestro cuarto, y el de Bauti.

Antropóloga: Ahhh y el resto... ¿saben quien la hizo? ¿siempre vivieron ahí?

Bauti: No, antes vivíamos arriba, que es todavía más chico. Ahora vive un chico, y nosotros nos mudamos abajo que es más grande

Antropóloga: ¿Y es de ustedes la casa? ¿O alquilan?

Viole: Es de mi mamá.

Bauti: Y después hicimos nuestra habitación, y antes el piso era de madera pero todo lleno de chicles y stickers, y lo hicimos todo de nuevo.

Antropóloga: ¿Eso fue el año pasado?

Viole: Sí. Primero hicimos el piso nuevo, lo hicimos que esté recto. Y arriba de eso construimos nuestro cuarto.

Registro de campo, febrero 2023

Ese verano, Violeta y Bautista habían estado todos los días ayudando a su mamá a construir arriba de sus casas, para tener cuartos para ellxs dos. Además de esta conversación, tuvimos otras, en las que ambxs demostraron tener amplios conocimientos respecto de cómo construir. Qué hacer primero y qué después para que la estructura sea fija, qué materiales utilizar, cómo prepararlos. Además de lo estructural, sobre todo Violeta expresaba mucha alegría por tener un cuarto propio para ella. De modo que ellxs dos, que tenían en ese entonces 14 y 16 años, si bien ayudando a su mamá, habían participado de la ampliación de su casa, y además habían aprendido muchas cosas respecto de cómo construir una vivienda. Padawer (2010) propone que lxs niñxs cotidianamente participan de actividades que implican “involucramiento en prácticas sociales que están constituidas por procesos de aprendizaje” (2010, p. 362), y se dan de manera situada. Algo de esto aparece en los modos en los que Viole y Bauti participan del proceso de autoconstrucción de sus viviendas, acompañando a su madre, y aprendiendo en ese mismo proceso la forma de hacerlo.

3. Rememorar para el futuro

Antropóloga: ¿Hace cuánto vive su mamá en el barrio?

Male: Desde los 15. Tiene 36 años... así que hace 20 años.

Antropóloga: Y cuando vinieron para acá, ¿fue cuando su abuelo hizo la canchita?

Male: No, él ya vivía acá cuando vino mi mamá. La canchita la hizo cuando nosotros eramos chiquitos.

Eva saca el celular, y me muestra fotos de la canchita cuando la estaban construyendo. Me muestra a su abuelo, a su tío y a ella, Male y sus primxs de chiquitxs, todxs en la canchita.

Eva: Así estaba la canchita, ves, tenía red... ahora está hecha mierda, profe, está toda rota, re abandonada.

Antropóloga: ¿Y ustedes la quieren arreglar?

Eva: Sí. Hay que cambiarle el pasto, sacar los carros, porque quedan feos los carros. Poner nuevos arcos, nueva red.

Antropóloga: ¿Y eso quién lo tiene que hacer?

Male: El Gobierno de la Ciudad no. No sabemos. Porque ellos quieren achicar la canchita, quieren hacer una plaza y tirar las casas que hay ahí y hacer un edificio grande.

Santos: Como en las viviendas nuevas.

Eva: Sí, pero eso... mi mamá y yo no estamos de acuerdo. Porque ponele, a nosotros

nos quieren dar un solo piso y somos un montón. A la Lucía le quieren dar un edificio entero.

Registro de campo, marzo 2023

En este fragmento hay dos cuestiones para analizar. Por una parte, Eva, Male y Santos, que vivían todxs alrededor de la canchita, no habían participado de su construcción, pero sí solían recordar, muy frecuentemente, ese momento fundacional de su familia que fue la construcción de la cancha por parte de su abuelo. En ese sentido, ellxs permanentemente rememoraban ese evento, lo narraban, y en este sentido, coincidimos con Herrera, Nahon y Heras (2024) en que “al narrar se efectúa el proceso de recordar” (p. 14) de manera que ese recuerdo lxs mantenía de alguna forma, unidxs a ese pasado. Pero, a la vez, también lxs movilizaba a la acción presente y futura. Al construir la memoria de la canchita y desde allí, relacionarse con ese pasado, lxs adolescentes se proyectan en el futuro común de la cancha, y se posicionan como sujetos que hoy deben hacerse cargo de su cuidado, tal y como podemos observar en el siguiente fragmento:

Antropóloga: Che qué onda la cancha, ¿cómo viene eso?

Eva: Están haciendo cosas ahora... mis papás arreglaron con alguien para que la cuide. No sé bien, pero hablaron con alguien, y dijo que él se hacía cargo de ese lugar, y que lo iba a cuidar.

Antropóloga: ¿Y vos cómo sabés eso?

Eva: Porque cuando escucho que están hablando de la canchita en mi casa, yo siempre espío y escucho, siempre que están los adultos hablando de eso yo escucho y así me entero.

Registro de campo, enero, 2024

Aquí aparece, entonces, la segunda cuestión para analizar. Cuando Eva enuncia “mi mamá y yo no estamos de acuerdo”, ella se posiciona como un sujeto activo y partícipe dentro de la discusión. Más aún, aquí hay una participación afectiva, es decir, un involucramiento que está, ante todo, sostenido por el afecto que ellxs tenían por el espacio de la canchita. Lindón (2009) reflexiona en torno a los afectos que se tejen en los lugares, no sólo hacia las personas que allí viven, sino también hacia los propios espacios, hacia las cosas y las materialidades que allí están. La autora habla de sujetos espacializados, para hacer alusión a la relación indivisible entre las personas y los espacios que habitan, y refiere que “al concebir al sujeto espacialmente se reconoce que nuestro actuar en el mundo hace y modela los lugares y al mismo tiempo, deja en nosotros la marca de los lugares que habitamos” (Lindón, 2009, p. 10). Sostenemos que la canchita, a partir de las narraciones y de los relatos sobre su construcción, les era participada por sus adultxs cercanxs, en el sentido de que había cierto legado generacional, y ahora les tocaba a ellxs hacerse cargo del cuidado –presente y futuro– de la misma, de la renovación de sus materiales y también de discutir las condiciones en las cuales llevar adelante esos arreglos.

A partir de los fragmentos seleccionados, nos gustaría reflexionar en torno a los múltiples modos en los que lxs adolescentes participan de la autoconstrucción en la villa 31. Lo primero que hay que decir es que participan de, al menos, dos modos, vinculados entre sí. Por una parte, se involucran material y concretamente con el asunto, y por el otro, también

participan afectivamente de la autoconstrucción del barrio. Para el primer caso, podemos afirmar que ponen el cuerpo en tomas de terreno o aportando fuerza de trabajo en la construcción de sus casas junto con otrxs adultxs, como vimos con los relatos de Carmela, Ramona, Viole y Bauti. Lejos de ser víctimas o sujetos manipuladxs por lxs adultxs que tienen a su alrededor, estas experiencias moldean los modos en que lxs niñxs y adolescentes se vinculan con el espacio en el que viven y se lo apropian. También participan de las tomas de decisiones respecto de los lugares que habitan y se sienten parte responsable de cuidarlx, como en el caso del registro con Eva y Male quienes, sin haber participado de la construcción de la cancha, estaban plenamente involucradas en su cuidado y en las decisiones en torno a la misma. De hecho, hacían propuestas propias respecto de lo que había que hacer con ella y de lo que no querían que ocurriera con ese espacio.

Para el segundo caso, lo afectivo de la participación, consideramos que si la experiencia del habitar es multidimensional y allí se entrecruzan materialidades, procesos sociales e históricos, afectos y percepciones (Lindón, 2014) para lxs adolescentes habitar el barrio de forma activa implica también la producción de un compromiso afectivo con ese territorio. De este modo, se construye un apego y un arraigo que se ponen a jugar en la identificación con la villa por parte de lxs adolescentes. La emocionalidad es una cuestión transversal e ineludible a la hora de pensar la participación de lxs adolescentes en las territorialidades villeras.

La participación de lxs adolescentes se expande más allá de las fronteras del tiempo, existe en el presente, pero también emerge en el pasado, en las memorias que ellxs construyen respecto del barrio y, a su vez, también tiene proyección futura en aquellos espacios de los que ellxs eventualmente tendrán que hacerse cargo, espacios que les son legados por lxs adultxs que lxs rodean. Lxs adolescentes se entienden a sí mismxs como sujetos presentes en la historia del barrio y se proyectan también como presentes en su futuro. Rabello de Castro plantea que “las experiencias de participación política pueden ser reales a lo largo de la infancia y la adolescencia, en la medida en que estxs sujetos participan de situaciones de construcción de espacios comunes, de negociaciones y de lucha” (Rabello de Castro, 2008, p. s/n, traducción propia). En ese sentido, la autora propone que participar ubica subjetivamente a lxs adolescentes y niñxs como responsables de un destino común. Algo de esto ocurre entre lxs adolescentes de la 31, quienes a partir de participar de la autoconstrucción de su barrio, y de la toma de decisiones sobre éste, se sienten responsables del futuro del mismo.

Como hemos dicho en otro lugar (Montenegro, 2021) la participación activa de lxs adolescentes en las dinámicas barriales responde a una construcción intergeneracional del espacio urbano que lxs excede a ellxs como sujetos concretxs. Es decir, el espacio público-común de la villa está producido de forma intergeneracional, en interacciones entre diferentes edades, de lxs niñxs jugando a la pelota en la calle con lxs adultxs yendo de un lado al otro en un motocarro y teniendo que ir más lento cuando pasan por donde juegan lxs niñxs. Sostenemos que si es desde los barrios autoconstruidos que se producen demandas por condiciones de vivienda digna y se construyen ciudadanías insurgentes (Holston, 2009) que articulan nuevas exigencias a partir de la precariedad, y que si lxs pibxs forman parte de esa producción, entonces ellxs también forman parte de esa producción de ciudadanía. Es decir, son parte constitutiva de los procesos de ciudadanización que se producen

desde las periferias urbanas, porque ellxs producen también la existencia de esos territorios en el margen. De modo que, lxs adolescentes son parte activa de esas ciudadanías, a las que podríamos llamar ciudadanías intergeneracionales, porque se producen desde el encuentro entre generaciones, desde lxs adolescentes y lxs adultxs encontrándose en el espacio autoconstruido y demandando conjuntamente por vidas más dignas.

Conclusiones

En este artículo intentamos dar cuenta de las formas en que lxs niñxs y adolescentes que viven en una villa de la Ciudad de Buenos Aires participan de los procesos de autoconstrucción de su barrio. Dicha participación está dada por un involucramiento corporal y material, desde la acción social de lxs adolescentes, y también por la producción de afectos y sensibilidades hacia el territorio, marcadas por la experiencia del habitar. Lxs adolescentes sienten afecto y cariño hacia la villa y hacia su materialidad, hacia sus ladrillos, hacia los alambres, los carteles, las calles, el pasto sintético de la cancha, las escaleras caracol. Sienten ese afecto hacia la dimensión material del barrio porque ellxs mismxs han participado de la producción de ese hábitat. Muchxs de lxs adolescentes se involucran en la construcción de sus viviendas o fueron testigos del trabajo de sus familias en ello, y hoy en día son lxs herederxs de esos espacios. A diferencia de lo que ocurre en el resto de la ciudad, en donde la producción material de los lugares que habitamos cotidianamente está más en manos de otrxs que en las propias, en la villa 31 son lxs mismxs habitantes quienes construyen el barrio y lo producen, con esos procesos de temporalidades largas y “poco a poco” (Caldeira, 2017) y eso incluye a lxs niñxs y adolescentes que allí viven. Lxs adolescentes se involucran y son involucradxs por sus adultxs referentes en la toma de decisiones y en la apropiación material de los espacios del barrio. Afirmamos que lxs adolescentes se sienten parte del destino común del barrio, y que se insertan en una historia de lucha por la vivienda, de disputa y de producción de espacios que se escapan a las lógicas del capital. Por otra parte, también merece una mención el hecho de que lxs niñxs y adolescentes forman parte de luchas por derechos urbanos, mano a mano con lxs adultxs, tensionando la idea de que lxs niñxs tienen derechos pero no pueden actuar políticamente para reclamarlos o ponerlos en acción. En relación con esto, hemos analizado las implicancias que dicha participación tiene, sosteniendo que sí se trata de una forma de construcción de ciudadanías intergeneracionales, producidas entre niñxs y adultxs, para una vida y vivienda digna.

Así, nos interesa enfatizar que aunque desde un lugar profundamente invisibilizado, lxs niñxs y lxs adolescentes forman parte de los procesos de producción del barrio, y por ende, también forman parte de los procesos de producción de ciudad. Son partícipes de las disputas por el espacio urbano y de los actos de ciudadanía que desde esa disputa se generan. Lejos de ser sujetos pasivos de la urbanidad, la moldean y le dejan marcas, y ella también deja marcas en sus historias y subjetividades.



Intervención en stencil No te falta calle, te falta niñez en el marco del conversatorio "Niñeces conectadas", Fundación Changuito visual - Imágenes de Siloé, Colombia

Bibliografía

- Baratta, A. (1999) Infancia y democracia. En Derecho a tener derecho. Infancia, derecho y políticas sociales en América Latina, tomo 4, pp. 207-236, Montevideo: UNICEF
- Bayat, A. (1997). Un-civil society: The politics of the 'informal people'. *Third World Quarterly*, 18(1), 53-72.
- Caldeira, T. P. (2016). Peripheral urbanization: Autoconstruction, transversal logics, and politics in cities of the global south. *Environment and Planning D: Society and Space*, 35(1), 3-20.
- Capalbo T. (2023). ¿Qué producen los dispositivos participativos en las villas? Conflicto y participación en la "integración social y urbana" del Barrio Mugica, Buenos Aires (2016-2021). Tesis de Maestría de la Universidad de Buenos Aires.
- Castro, L. R. (2007). A politização necessária do campo da infância e da adolescência. *Rev. psicol. polít*, 7(14)
- Despret, V. (2022). Habitar como un pájaro. Modos de hacer y de pensar los territorios. *Cactus*.
- Duarte Quapper, C. (2012). Sociedades adultocéntricas: sobre sus orígenes y reproducción. *Última década*, 20(36), 99-125.
- Duhau, E., & Giglia, A. (2008). Las reglas del desorden: habitar la metrópoli. Siglo XXI.
- Dyer H. (2024). Futuridad queer e inocencia infantil: más allá de la herida del desarrollo: Traducción de Dyer, H. (2016). *Queer futurity and childhood innocence: beyond the injury of development*. *Global Studies of Childhood*, 7(3), 290-302. Etcétera. *Revista Del Área De Ciencias Sociales Del CIFFyH*, 15.
- Fernández Álvarez, M. I., Gaztañaga, J., & Quirós, J. (2017). La política como proceso vivo: diálogos etnográficos y un experimento de encuentro conceptual. *Revista mexicana de ciencias políticas y sociales*, 62(231), 277-304.

- Ferreiro A. y Olivares, G. (2019). El proyecto de integración social y urbana para la Villa 31/31 bis (2015-2019): "Hacer del Barrio 31 un barrio más de la ciudad". *Territorios, revista de trabajo social*, 3(3).
- Frasco-Zuker, L. (2016). Investigación etnográfica sobre experiencias de trabajo infantil en el noreste argentino. *Revista Latinoamericana de Ciencias Sociales, Niñez y Juventud*, 14(2), 1205-1216.
- Garibotti, M. B. (2024). Procesos de ciudadanización y subjetivaciones diferenciales en un asentamiento de la ciudad de Buenos Aires. *Quid 16: Revista del Área de Estudios Urbanos*, (21), 10.
- Heller, A. (1976). *Sociología de la vida cotidiana*. Barcelona: Península
- Herzer, H., Di Virgilio, M., Rodríguez, C., & Redondo, A. (2008). ¿Informalidad o informalidades?: Hábitat popular e informalidades urbanas en áreas urbanas consolidadas. Pampa: *Revista Interuniversitaria de Estudios Territoriales*, (4), 85-112.
- Holston, J. (2009). Insurgent Citizenship in an Era of Global Urban Peripheries. *City & Society*, 21(2), 245-267
- Larrondo, M. (2018). La militancia estudiantil secundaria durante el kirchnerismo y apuntes iniciales tras el triunfo de Cambiemos. *Ánfora de las Ciencias Sociales y Humanas*, 25(45).
- Lefebvre, H. (2020 [1968]). *El derecho a la ciudad*. Capitán Swing.
- Montenegro, H. (2021). *Practicar el barrio. Experiencias infantiles urbanas en la Villa 31 de la Ciudad de Buenos Aires*. Tesis de licenciatura de la Universidad de Buenos Aires.
- Monteserin, H. E. (2022). *Cómo construye temporalmente al Otro la Antropología. La perspectiva de Johannes Fabian*. Repositorio Digital Institucional. Universidad Nacional del Comahue.
- Morales, S., & Magistris, G. (2019). El co-protagonismo como nuevo paradigma de infancia: Hacia un horizonte emancipatorio en las relaciones intergeneracionales/Co-protagonism as a new childhood paradigm. Towards an emancipated horizon of intra-generational relationships. *Kairos*, 23(44), 35-55.
- Morano, L. y Szulc, A. (2023). Niños que cuidan de sí y de otros en una agrolocalidad media de la pampa húmeda argentina: Una aproximación antropológica. *Desidades*, 35.
- Núñez, P. (2017). Leyes, políticas públicas y percepciones estudiantiles sobre la participación: miradas sobre los Centros de Estudiantes en la escuela secundaria. *Polifonías Revista de Educación*, 6(11).
- Ons, M. (2021). Asentamientos informales y grandes proyectos urbanos en la Ciudad de Buenos Aires: el caso de la Villa 31. *Estudios demográficos y urbanos*, 36(3), 891-920.
- Padawer, A. (2010). Tiempo de estudiar, tiempo de trabajar: la conceptualización de la infancia y la participación de los niños en la vida productiva como experiencia formativa. *Horizontes antropológicos*, 16, 349-375.
- Pérez Sanz, P., & Gregorio Gil, C. (2020). El derecho a la ciudad desde la etnografía feminista: politizar emociones y resistencias en el espacio urbano. *Revista Invi*, 35(99), 1-33.
- Rattier, H. (2022[1972]). *Villeros y villas miseria*. Editorial de la Universidad Nacional de La Plata.
- Rockwell, E. (2009). *La experiencia etnográfica. Historia y cultura en los procesos educativos*. Buenos Aires: Paidós.
- Rodríguez, M. C., & Di Virgilio, M. M. (2014). Ciudad de Buenos Aires: políticas urbanas neoliberales, transformaciones socio-territoriales y hábitat popular. *Revista Dereito da Cidade*. 6(2).
- Segura, R. (2015). *Vivir afuera. Antropología de la experiencia urbana*. UNSAM Editora.
- Shabel, P. (2018). "Estamos luchando por lo nuestro": Construcciones de conocimiento sobre la política de niños y niñas en organizaciones sociales. Tesis de Doctorado de la Universidad de Buenos Aires.
- Shabel, P. N. (2024). *Hacer rancho. Desobediencias afectivas contra el adultocentrismo*. Chirimbote.
- Shabel, P. N. (2024). La alteridad etaria. *RUNA, archivo para las ciencias del hombre*, 45(2),

- Shabel, P. N., Montenegro, H. A., Parodi, C., Morales, S. J. y Szulc, A. P. (2023). Participación e infancias: Formas de hacer y disputar poder en contextos adultocéntricos. En: Colangelo, A., Szulc, A., Garcia Palacios, M. y Guemureman, S. (comps). *Niñez Plural. Niñez plural. Desafíos para repensar las infancias contemporáneas*. Buenos Aires: El Colectivo, pp. 71-82.
- Snitcofsky, V. (2015). *Villas de Buenos Aires: Historia, experiencia y prácticas reivindicativas de sus habitantes (1958-1983)*. Tesis de Doctorado de la Universidad de Buenos Aires.
- Szulc, A. (2006). Antropología y Niñez: de la omisión a las 'culturas infantiles'. En: Wilde, Guillermo y Pablo Schamber (eds.) *Cultura, comunidades y procesos contemporáneos*. Buenos Aires: Editorial SB.
- Szulc, A. (2019). Más allá de la agencia y las culturas infantiles: Reflexiones a partir de una investigación etnográfica con niños y niñas mapuche. *Runa*, 40(1), 53-64.
- Szulc, A. P., & Enriz, N. M. (2016). La política, las calles y la niñez indígena en Argentina. *Cadernos de campos*, 25.
- Thomasz, A. G., & Girola, M. F. (2016). Una exploración antropológica sobre la problemática de la ciudadanía en el conjunto habitacional de Piedrabuena (Ciudad de Buenos Aires, Argentina). *Revista de Antropología del Museo de Entre Ríos*. 2(1), pp. 46-61
- Vazquez Duplat, A. M. (2019). *Extractivismo Urbano. Debates para una construcción colectiva de las ciudades*. Editorial El Colectivo.
- Vázquez, M., & Vommaro, P. (2009). Sentidos y prácticas de la política entre la juventud organizada de los barrios populares en la Argentina reciente. *Cuadernos del CENDES*, 26(70), 51-72.